

—¡Condesa!... ¡Condesa!... sois asombrosa.

Adivinaba que añadian por lo bajo: «Asombrosa para vuestra edad».

—¿Su edad? ¡qué absurdo! ¿La edad de un mujer? ¡Y qué estúpido siglo el XIX, con sus registros civiles donde se inscriben con todas sus letras las fechas de nacimiento!

Y sin duda si la condesa no hablaba nunca de casar á su hija Margarita de Eon era porque la molestaba solo el pensar que delante de testigos dirían: «La señora condesa de Eon, nacida en el año...

No había revelado su edad á nadie, ni siquiera al barón de Chaulaye, su último galanteador, del cual, por otra parte, no era más que amiga. Además la condesa ya hacía tiempo que había renunciado á toda pretensión de matrimonio. La gustaba sencillamente ser adulada, que la tomaran un poco por confidente y que la trataran como á una mujer bonita que no se digna salir á la palestra.

El barón había adivinado casi todo esto; y estaba encantado de haber encontrado una mujer, todavía bastante hermosa, con la cual pudiese galantear sin comprometerse, sin temor á una cadena. La misma condesa le había dicho:

—Cuando usted haya concluido de hacerme la corte trataremos de casarle. Entonces preguntó él:

—¿Con vuestra hija?

—¿Cenicilla?

Y riéndose á carcajadas, la condesa prosiguió:

—¡Cenicilla! ¡pero si es una criatura, un bebé!

—Un precioso bebé, en todo caso.

—¿No sabe usted que tiene todavía una muñeca en su cuarto?

—¿Y porqué la llaman Cenicilla?

—La llamamos Cenicilla porque sus cabellos rubios tiran al color de la ceniza; su difunto padre fué el que la puso ese apodo. Pero las malas lenguas os asegurarán que se la llama Cenicilla por no decir Cenicienta.

—¿No tendrán las malas lenguas un poco de razón? preguntó Chaulaye en tono algo irónico.

—Amigo mío, contestó la condesa, picada, educó á mi hija como mejor me place.

Y no se volvió á tocar más esta cuestión. El mismo Mr. de Chaulaye tomó la costumbre de suprimir el «Señorita» cuando hablaba á la hija de Mme. de Eon, y decirla familiarmente:

—¡Buenos días, Cenicilla!

Aquella cacería le fastidiaba, tanto más cuanto que la condesa había tomado la delantera á todos sus invitados, y

él no tenía ganas de conversar con nadie. Estaba en un momento de spleen, sentía lástima del jabali que iban á matar, de los perros cuyas entrañas serían desgarradas en la lucha, y acabó por pensar que la Sociedad Protectora de animales es una cosa muy buena.

Al llegar al lindero de un bosquecillo, vió que estaba retrasado para toda la cacería.

—¿Quién sabe? murmuró él, si el jabali viniera á caer precisamente sobre mí, dispuesto como estoy á presentarle más bien mis excusas...

Después de reflexionar un momento, tomó la resolución de regresar al castillo sin apesurarse su caballo, pensando en el delicioso descanso de que iba á gozar.

—Cogeré en el fumador uno de esos puros llegados ayer, en la biblioteca un tomo de Musset y me iré á meditar á mi cuarto.

—¿Meditar! ¿Y sobre qué?

—¡Toma! No me costará mucho encontrar una materia de meditación aunque no sea más que aspirando el aroma del ramo de flores de otoño que colocan todos los días en mi habitación... Es curioso: ninguno de los demás huéspedes tiene flores en su gabinete—son raras en esta estación—mientras que todos los días cambian el ramo de mi jardinería y al lado de él encuentro siempre un lindo tarrito lleno de violetas... La condesa tiene encantadoras delicadezas con sus amigos.

Llegó al castillo. Salió un criado, algo sorprendido, y cogiéndole el caballo dijo:

—¿No sabe el señor barón que no hay nadie en casa?

—¿Tanto mejor! Pero creo que algunas señoras no han seguido la cacería?

—Han ido á hacer unas visitas por los alrededores.

Pues así estaba solo, completamente solo, amo del castillo. Se alegraba de ello, y sin embargo nunca le había gustado la soledad.

Se dirigió al fumador para buscar la caja de puros. La caja allí estaba, pero vacía.

—¡Es absurdo!... ¿Algún criado! Unos puros tan buenos debían estar bajo llave... Ayer había diez todavía...

Se consoló acordándose de aquel tomo de Musset que había hojeado la víspera, y del cual había leído una página á la condesa, mientras que Cenicilla servía el te. Le encontraría fácilmente, habiéndole vuelto á colocar él mismo en «su sitio».

La biblioteca estaba perfectamente ordenada; pero, en el lugar donde él había puesto el libro, no vio más que un hueco negro.

—¡Vaya, estoy de malas! Mejor hubiera hecho en seguir la cacería. Apuesto que hoy no tengo ramo de flores.

Y esta idea le hizo detenerse á la puerta sin decidirse á entrar.

—¡Bah! ¡Tanto peor!... ¡Veámoslo de de una vez!...

Entró y dijo:

—¡Vamos, como quiera he perdido la apuesta!

—Este castillo debe encerrar un hada que adivina todos mis deseos!... ¡Ah! hé aquí lo que rompe el encanto.

Inclinándose hacia el jarrón para aspirar el perfume de las flores había notado que el ramo era el mismo de la víspera.

—Después de todo, mía es la culpa, puesto que cojo á mi hada desprevenida.

En aquel momento oyó rumor de voces en el pasillo. Un criado decía:

—¿No necesita usted nada, señorita?

—No, respondió una voz fresca; acaben ustedes de arreglar las otras habitaciones, yo me encargo de ésta.

Chaulaye cojió vivamente su sombrero y su stick y corrió á esconderse detrás de un cortinón.

La puerta se abrió; y apareció Cenicilla trayendo abrazado un ramo de flores que formaban como un marco alrededor de su cara.

Estaba preciosa con sus cabellos rubio-ceniza, que la cubrían toda la espalda, y unos ojos grandes, muy dulces, un cutis que pareció al barón más fresco que las flores. Su vestido, demasiado corto, dejaba ver mejor unos pies monísimos.

—He ahí una chiquilla, pensó Chaulaye, que ya ha pasado la edad de las músicas.

La jovencita había entrado echando á su alrededor una ojeada de ama de casa.

Quitó las flores viejas y se puso á hacer otro ramo con el arte y gusto de una florista de primera. Después sacó de su bolsillo un puñado de violetas todavía húmedas y las colocó en el tarrito, murmurando lentamente:

—El ramo grande, es él; las violetas soy yo...

Cuando todo estuvo bien en orden, se detuvo en medio del cuarto diciendo á media voz:

—Ya está todo bien... hé aquí su libro preferido, sus piezas, sus flores!... ¡Ah! si mamá me dejara alargar mi vestido, estoy segura que él adivinaría que todo esto proviene de mí...

—¿Y si ya lo hubiera adivinado? dijo una voz algo trémula.

—¿Señor de Chaulaye!

—Estaba ahí, escondido...

—¡Pero, es una alevosía! ¡oh! ¡caba-

llo!

—Quédate un poco Cenicilla.

—No, ¡Me voy! ¡Déjeme usted marchar!

—¿Pues qué, Cenicilla no tiene derecho á estar aquí, puesto que es un hada bienhechora?... Y además á tu edad!

—¡Mi edad! ¡Mi edad!...

Y sin alejarse se puso á llorar silenciosamente:

—Se burla usted de mí, porque nadie me dice: «Señorita». Todo el mundo tiene derecho á tutearme. ¡Le tratais como á una niña!

—Entonces, me querrias un poco si te llamase: «Señorita»?

—¡Oh! No vale la pena. Ninguno lo tomaría en serio. ¡Cenicilla! Los catorce años de Cenicilla! Dentro de veinte años me llamarán todavía Cenicilla, y me tratarán como á una chiclea... Siempre tendré catorce años!...

—¿Quisieras ser una señorita?

—Sí.

—¿Y porqué?

—Porque...

Fue preciso que Chaulaye repitiese varias veces su «¿Porqué?» antes de obtener la respuesta de la jovencita:

—Porque... porque tengo dieciocho años y nadie se acuerda de mí, ninguno piensa en mí...

—¿Dieciocho años!

—¡Y tan cierto como era! y bien que los representaba; pero como no bailaba, como gastaba los vestidos muy cortos y casi todos la tuteaban, nadie había pensado en los dieciocho años de Cenicilla. El barón estaba turbado.

Cenicilla... ¡no! señorita... señorita Margarita... ¡Dieciocho años!... ¿y con vuestro nombre, vuestra fortuna y belleza, nadie piensa en casaros?

La joven meneó la cabeza.

—¿Y usted estaría... dispuesta...?

Ella hizo una casi imperceptible señal de afirmación.

Después quedaron un momento en silencio. Margarita, con su linda cabeza rubia, tristemente inclinada sobre el pecho, y el barón contemplándola con admiración. Por fin Chaulaye, completamente seducido, murmuró:

—Si quisierais quererme un poco, hablaríamos á vuestra mamá, y todo se arreglaría perfectamente...

PIERRE SALES.

Ecós varios

Causa inmensa sensación en Berlin un folleto allí publicado con el título de *La usura y los hombres de dinero*. Parece que en el texto se designa por sus nombres y apellidos á multitud de

agentes de negocios, y se insertan cartas muy comprometedoras para varios capitalistas y dos abogados muy conocidos. La primera edición del folleto desapareció inmediatamente, pues los interesados compraron todos los ejemplares. Sin embargo, los hechos denunciados son tan escandalosos, que los tribunales van á abrir una información sobre ellos.

El Archiduque Guillermo de Arpsburgo, que acaba de morir á consecuencia de una caída del caballo, deja por sucesor suyo de gran maestro de la Orden Teutónica á su sobrino el archiduque Eugenio, hermano de la Reina regente de España.

La Orden Teutónica, que no constituyó ya más que una asociación religiosa, cuyos miembros hacen voto de celibato y castidad, como en otro tiempo los Caballeros de Malta, fue fundada en Palestina, en tiempo de las Cruzadas.

Más tarde, la Orden se estableció en Venecia, bajo el cuarto gran maestro Hermann de Salza, que en 1223 obtuvo para sí y sus sucesores el título de príncipe del imperio de Alemania.

Hermann de Salza conquistó la Prusia, sobre la cual reinó la Orden durante tres siglos, hasta que, después de la Reforma, cesó de ser soberana del territorio.

La paz de Presburgo en 1807 confirió al emperador de Alemania la prerrogativa de elegir el gran maestro. En 1809 la abolió un decreto de Napoleon I, y no fue ya más que una asociación religiosa caballescra, presidida por un archiduque de Austria.

En 1871 sus servicios en el socorro de los heridos extendió y modernizó la actividad de los Caballeros de la Orden Teutónica.

Se ocupan ahora mucho los franceses de los recientes abusos descubiertos en el suministro de carne para la tropa. Los abastecedores la proporcionan de las más detestables condiciones, y la Administración, en vez de deorar el procesamiento de esos infames especuladores, se contenta con reproducir platómicamente textos de reglamentos de inspección que son letra muerta.

Las familias se han alarmado justamente ante revelaciones tales que dan la medida de los sufrimientos á que está sometido el soldado en pleno período de paz. «Hé ahí nuestros hijos expuestos, por servir á la patria, á contraer graves enfermedades, á morir envenenados.»

Y si eso pasa en un país, como Francia, rico é interesado en reconstituir su

súbita de Montreal ante los ojos penetrantes de Adriano, quien atribuyó, como era natural, tan inequívocas señales de emoción, á la que las había engendrado con los sonidos de su laud y de su acento.

—Esa hermosa dama, dijo Adriano, pulsa el laud con mano de hada, y ese tono plañidero me recuerda los cantos de vuestros menestrales.

—Lo aprendió de mí, repuso Montreal con tristura, cuando requería yo de amores ese corazón que jamás debió ser mío. Sí, joven Colonna; mas de una noche, amarrada mi barquilla no lejos del sitio en que el Sorga abandona orgulloso las soberbias torres de su padre, despertó mi voz los dormidos ecos de aquellas dulces riberas. ¡Oh tristes memorias de amargos frutos!

—No comprendo cómo sean amargos, si es cada vez más intenso vuestro cariño.

—Estoy ligado por un voto al celibato, y Adelina, mi querida dama, no puede ser mi esposa. Semjante idea me estremece, y es todavía más cruel para mí que para ella.

—Todo anuncia en vuestra dama que desciende de alta alcurnia.

—Sí, respondió Montreal lanzando un profundo suspiro, y mostrando una sensibilidad que solo en amores reconocía su corazón intrépido; sí, es de alta alcurnia. A pocas palabras se reduce nuestra historia; desde la niñez nos amamos; era su familia más opulenta que la mía: lloramos después los rigores de la ausencia; no perdonaron medio de hacerme creer que ella me había abandonado,

y en mi desesperación tomé el hábito de San Juan de Jerusalén.

Volví á reunirnos la casualidad: supe que había permanecido leal á mi efecto. ¡Pobre niña! Sí, caballero, porque todavía era niña entonces. Yo, arrebatado, sin freno alguno, era tal vez diestro en el arte de seducir, y ella no pudo resistir á mi perseverancia y á su propia ternura. Consintió al fin la candorosa Adelina en huir conmigo.

Solo con estas explicaciones podeis adivinar nuestro posterior. Todo mi bien lo constituían mi Adelina y mi espada.

La sociedad nos repelía: la iglesia amenazaba mi alma; el gran maestro mi vida. Me hice caballero de fortuna: la suerte y mi brazo me favorecieron extraordinariamente: infundí miedo á los que me despreciaban.

Este nombre brillará todavía, ya sea como una estrella ó como un meteoro, á la vista de las turbadas naciones, y aún puedo arrancar por la fuerza al soberano pontífice la dispensa que ha negado constantemente á mis respetuosas solicitudes.

En el mismo instante podría ofrecer á Adelina el anillo nupcial y una diadema. Mas olvidemos estos discursos. ¿Habeis reparado en la delicada tez de Adelina? A mí no me agradan esos cambios de color tan rápidos, ese matiz rosado que brilla un instante para que lo sustituya después la palidez de la azucena; y es su paso lánguido en extremo. ¡En mejores días se movía con planta leve y eran sus formas como las de una Sífide.

—Sin duda la mudanza de escena, un clima más suave,

ha podido robarnos la criatura que formaba todas nuestras delicias. Haciéndola preguntas á él aya, que sin duda hubiera sentido la punta de mi daga, á no pertenecer al sexo de Adelina, supe que en sus paseos con el niño solía detenerla, para acariciarle y admirarle, una mujer de edad avanzada y de humilde condición segun las apariencias, merced acaso á algún disfraz maldito. Pase á Francia, busqué el antiguo castillo de Courval: era su poseor el deudo más cercano del precedente señor, y la viuda había partido sin que se supiera á qué parte del mundo; más se suponía que habría tomado el velo de religiosa en algun monasterio lejano.

—Y no habeis vuelto á verla desde entonces?

—Perdonad, dijo Montreal palideciendo, la ví en Roma últimamente. La encontré de improviso en mi camino y averigüé en suma la suerte de mi hijo, y conocí la realidad de mis sospechas.

Se confesó autora del robo, y añadió que mi hijo había muerto. No me he atrevido á participar tan fatal nueva á mi pobre Adelina, porque eso fuera lo mismo que arrancar el hierro de una herida: su muerte sería inflexible si perdiera la incertidumbre que le aflige y le da al propio tiempo alguna esperanza; y entre tanto mi corazón mana sangre al considerar cuán estéril es esa esperanza.

No hablemos más de este asunto, querido Adriano. Y Montreal se levantó de repente, y por un violento esfuerzo procuró disimular la debilidad que se había apoderado de su persona durante su relato.

